



"VÉTE Y HAZ TÚ LO MISMO" (PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO) (LUCAS 10, 29-37)

"A MÍ ME LO HICÍSTEIS" (MATEO 25, 31-46)

**7ª REUNIÓN. COMUNIDAD CRISTIANA NTRA. SRA. DEL RECUERDO.
ABRIL 2018**

INTRODUCCIÓN

Acudimos de nuevo al libro de José Antonio Pagola, "Grupos de Jesús" (PPC 2014), capítulos 28 y 29 (pp. 209-223) para meditar sobre lo que Jesús considera punto central de su mensaje: el amor como base y norma de nuestra vida.

En esta ocasión contemplamos los textos de Lucas (10, 29-37) y de Mateo (25, 31-46), en los que vemos a Jesús insistiendo en el amor como base de la relación con el otro, un amor que es consecuencia y surge del amor que Dios Padre experimenta hacia cada uno de nosotros. Desde el momento en que Jesús inicia su vida pública va predicando un nuevo modo de entender nuestra relación con el Padre, le da la vuelta a lo que hasta ese momento se ha considerado como verdaderamente importante para Dios, y en definitiva presenta una nueva imagen de Dios. Ya no es el Dios justiciero que pide un cumplimiento inexorable de la Ley, que va a llevar una cuenta exacta de nuestras faltas según lo legislado, sino que pasa a ser un Padre cercano y compasivo dispuesto siempre al amor y al perdón, a poner a cada uno de sus hijos por delante de cualquier cumplimiento de la norma rígidamente establecida.

Jesús trae una misión encargada por el Padre, nos insiste una y otra vez en el amor como motor de nuestra vida, de forma que lo esencial ya no es la observancia de una serie de preceptos a cumplir, sino que va a ser la atención al hermano, al otro, porque esa es la voluntad de Dios, la consecución de un mundo que se convierta en el Reino del Amor.

II. PUNTOS PARA ORAR, REFLEXIONAR Y COMPARTIR EN GRUPO

Lucas 10, 29-37

No es extraño, pues, que los maestros de la Ley busquen a Jesús para ponerle a prueba tal y como se refleja en diversos lugares de los textos evangélicos. En todas esas ocasiones Jesús responde con verdad y justicia, sobre todo con amor, dejando desarmados a sus interlocutores. Una de esas ocasiones es la reflejada en el texto de Lucas mencionado, donde el evangelista nos presenta una escena: un doctor de la ley, después de haber escuchado a Jesús en una de sus predicaciones, se le acerca y le pregunta: "¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?". A Jesús no se le escapan las oscuras intenciones de la pregunta, y como ocurre con cierta frecuencia Jesús no responde directamente, sino que lo hace con otra pregunta

que alude a la ley: “¿qué está escrito en la ley?, ¿qué es lo que lees?”. El doctor le responde: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo”, tras lo cual Jesús continúa diciendo: “has respondido correctamente, obra así y vivirás”. El maestro de la ley, en su desconcierto, viendo que Jesús ha eludido la trampa, le contesta con una pregunta ¿Y quién es mi prójimo?”.

De nuevo surge la pregunta envenenada, la prueba para Jesús, pues para un israelita el prójimo es el hermano, el familiar, el vecino, otro israelita, lo cual marca una absoluta diferencia con cualquiera otro que no lo sea.

Jesús responde a esa pregunta con un relato que podría formar parte de un acontecimiento real de la vida, y narra la parábola del buen samaritano. En ella hay una víctima a quien unos malhechores dejan maltrecha, malherida y en situación de absoluto desamparo, que es socorrida por un samaritano. Éste actúa de forma bien distinta a un sacerdote y un levita que previamente habían pasado por allí. Jesús provoca, porque elige a un samaritano como benefactor de la víctima y, como es sabido, para un judío el samaritano es el prototipo de la persona rechazable por ser alguien impuro legalmente, a evitar porque eso supondría quedar contaminado por su impureza. Sin embargo en la parábola de Jesús es precisamente el samaritano quien se acerca y socorre movido por el amor al hermano necesitado, le socorre con absoluta generosidad al hacerse cargo de su atención hasta quedar totalmente recuperado. Por tanto Jesús pone contra las cuerdas al maestro de la ley cuando, después de ofrecerle su parábola, le interpela con la misma pregunta que éste le ha formulado a él al principio: “¿Quién es el prójimo?”

No cabe otra respuesta más que la que emite el doctor de la ley: “El que tuvo compasión de él”. Así, Jesús responde: “Pues vete y haz tú lo mismo”.

Es el samaritano quien ha actuado como prójimo en su desbordante respuesta de amor. Ha puesto el amor al hermano por delante de una interpretación de la ley que impide el acercamiento. No cabe otra respuesta. Llama la atención la manera en que Jesús consigue que el maestro responda por sí mismo la pregunta que previamente le formuló a Jesús (¿Quién es el prójimo?).

Mateo 25, 31-46

Esta cita de Mateo aparece reproducida íntegramente en el capítulo 29 del libre de Pagola. Es un texto impactante, diferente a tantos otros textos de los Evangelios y en el que Jesús expresa de manera firme que hay una actitud profundamente cristiana que marcará el ADN de sus seguidores, y que no es otra más que el amor generoso al prójimo, al hermano. Jesús trata de explicar que es precisamente ese amor generoso y amplio lo que marcará la diferencia entre los recibidos y acogidos por el Padre y los que quedan situados lejos de Él, ya que lo que le hagamos a cualquiera otra persona, sea quien sea, se lo estamos haciendo a Él. Establece una identidad entre el hombre y el Hijo del hombre, otra forma de referirse a sí mismo. Así, nuestras acciones no caerán en saco roto porque al final de los tiempos lo definitivo será el amor, se nos medirá por el amor a Dios y al

hermano. En este relato llamado del juicio final Jesús deja claro que lo que le hagamos a otro también se lo estamos haciendo a Él.

De nuevo aquí Jesús coloca en el centro de nuestra vida a los demás, resta importancia a la observancia de normas rígidas como medio de acceso a la vida eterna que nos promete, ya que lo esencial es la ley del Amor. La Iglesia nos ofrece las obras de misericordia como punto de reflexión desde el cual plantearnos la atención que podemos prestar al necesitado, y ellas nos hablan tanto de necesidades materiales como espirituales.

A veces podemos estar tentados a considerar necesitados sobre todo a los que están lejos, quizás porque es más espectacular. Pero hemos de empezar por atender en sus necesidades a los que tenemos más cerca, como pueden ser los hijos, el cónyuge, el padre, la madre, el pariente, el amigo... cualquiera puede estar incluido. Pero sobre todo el prójimo y necesitado a atender es cualquier otro que esté en situación de necesidad y de esa manera ponemos nuestro granito de arena para contribuir a la realización del Reino de Dios en este mundo. Y por otro lado también sería oportuno tener la humildad de reconocernos como criaturas sujetas a limitación, lo que supone reconocernos también a nosotros mismos como formando parte de los necesitados a atender por nuestra parte en no pocas ocasiones de nuestra vida.

A la postre eso será lo que llene de sentido nuestra vida, lo que puede hacer que nuestras manos no estén vacías a la hora de vivir la experiencia de la despedida definitiva. Tal y como decía San Juan de la Cruz, uno de nuestros místicos y poetas más notables, "en el atardecer de la vida seremos examinados en el amor".

III. LA REUNION

3.1. Cuestiones para reflexionar y compartir en el grupo

- 1) ¿Quién es hoy mi prójimo?
- 2) ¿Me preocupo de que mi fe en Jesús me haga cada vez más sensible hacia los que sufren? ¿Me muevo a nivel teórico o voy dando algún paso concreto?

3.2 ORACIÓN PARA REZAR JUNTOS EN LA REUNIÓN DE GRUPO

Os proponemos este canto inicial siguiendo el link:

https://www.youtube.com/watch?v=VGvi_wfOwaQ

"con nosotros está y no le conocemos"

A. Invocación inicial:

En el nombre del Padre, del hijo y del Espíritu Santo

Jesús, Señor, por qué está clavada tan alta tu cruz?

A los pies de tu cruz quise abrazarme para que me empapara el agua y la sangre de tu costado y aprendiera a amar, pero esa cruz no estaba clavada en tierra cercana. Estaba en la cumbre del mundo, por encima del Everest, y el agua y la sangre de tu costado empapaban a toda la humanidad. Semejante carga de amor baña a todos los hombres y yo debo amarles a todos porque Tú les amas. Y les voy descubriendo, primero en la familia; luego en el trabajo; en el barrio; en otros barrios menos favorecidos; en los lugares a los que viajo; en los lugares que la televisión trae hasta el cuarto de estar de mi casa...

Y esos hermanos tienen húmedos los cabellos de tu Agua y de tu Sangre, cómo yo, pero muchos de ellos son leprosos modernos; mendigos atemporales; hambrientos permanentes...

Les miro desde una rendija abierta de mi corazón y acaricio a unos pocos; les tiendo las manos a algunos, pero la inmensa mayoría quedan fuera. Mi corazón no se abre de par en par para darse del todo a todos, sino que sigue necesitando demasiadas seguridades.

Y me acerco a un templo de un buen barrio en el que los cestos pasan llenos de billetes y busco con ansiedad, para sentarme junto a ella, a alguna viuda que viva de una pensión escasa que abra su bolso para compartir aquello que necesita, y pedirle que me deje rezar con ella cogido de su mano por ver si se me contagia su desprendimiento.

¡Cuántos rincones quedan en mi corazón llenos de cosas, Señor! Qué poco hueco queda para ti y para mis hermanos en este corazón!

Y clavo la vista en esa cruz que está por encima del Everest; por encima del mundo; clavo la vista en el Cristo de Dalí y sé que Tú me ensancharás el corazón; abrirás mi puerta hasta que haya hueco para todos y para ti, porque tu misericordia habrá transformado mi debilidad. Así sea.

Lectura del texto bíblico: El óbolo de la viuda (Lc 21, 1-4)

Alzando la mirada vio a unos ricos que echaban sus donativos en el arca del Tesoro; vio también a una pobre viuda que echaba allí dos moneditas, y dijo: "De verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos. Porque todos éstos han echado como donativo de lo que les sobraba, ésta en cambio ha echado de lo que necesitaba, todo cuanto tenía para vivir"

C. Espacio de oración personal.

Tiempo de silencio para interiorizar la palabra, y en su caso, libremente, oración en voz alta de los miembros que lo deseen.

D. Oración compartida:

Lector: Señor, danos una mirada limpia y libre de prejuicios, como la que tú tenías cuando mirabas a alguien necesitado de ayuda; pon tus ojos en los nuestros para que sepamos acoger con esa calidez tan tuya y permítenos mezclarnos entre tus amigos, los olvidados que nadie recuerda.

Todos: A Ti te lo pedimos Señor, Dios de los pequeños, quédate con nosotros esta noche y muéstranos a tus pequeños con tu mirada.

Lector: Atráenos Señor hacia ti y despierta nuestro deseo por aquellos que a ti te motivaban.

Todos: Te los pedimos Señor, Dios de los pobres, quédate con nosotros esta noche y moviliza nuestra acción sobre tus pobres.

Lector: Muévenos Señor y mantén alerta nuestro corazón para responder ante el dolor del mundo como tú lo hiciste.

Todos: A Ti te los pedimos Señor; Dios de los que sufren, quédate con nosotros esta noche y despierta nuestras entrañas de misericordia sobre ellos.

Lector: Danos Señor palabras y manos capaces de trabajar por los que a nadie tienen para que podamos así realizar tu voluntad, tu deseo sobre cada uno de nosotros.

Todos: A Ti te lo pedimos Señor, Dios de los que están solos, quédate con nosotros esta noche y haznos hermanos de tus preferidos.

Lector: Como el grano de trigo que muere dando vida, descéntranos Señor haciéndonos solidarios, dando tiempo, ayuda, compañía, no permitas que nos alejemos del servicio a los que más lo necesitan.

Todos: A Ti te lo pedimos Señor, Dios de los que ponen su vida en tus manos, quédate con nosotros esta noche y haznos pan para los demás.

Oración final: A Madre Teresa (de Calcuta):

Beata Teresa, tú que prometiste traer continuamente la luz del amor a aquellos que viven en la tierra, intercede para que también nosotros deseemos saciar la ardiente sed de Jesús, amándole apasionadamente, compartiendo sus sufrimientos con alegría y sirviéndole de todo corazón en nuestros hermanos, especialmente en aquellos que, más de todos, son “no amados” y “no deseados”. Amén